

“RECLUSIÓN NOCTURNA” (por Vulcano)

La sopa hirviente se había anidado en mi interior produciéndome una sensación de satisfacción plena. La copa de vino, que hubiera sido su escolta precisa, no podía estar en la mesa más que en la hora de almuerzo, pero ahora, cuando el día emprendía la forzosa retirada y la luz desaparecía gradualmente, estaba prohibida, así como también estaba negada mi cama y el soñar abrazado a la gorda. Mientras la peineta araba mis canas, el espejo me devolvía el rostro de un hombre cuarentón en el que se enfrentaban un esbozo de sonrisa y un par de ojos cansados y algo tristes. Subí al dormitorio, besé a mi mujer que ya estaba en cama y, metiendo mi cabeza bajo las ropas, me deslicé hasta su abultado vientre: “Adiós, Pablito, cuida a tu mamá...” - “Tonto, ya te dije que va a ser una niña”.

El otoño quería graduarse pronto de invierno y, como cada noche, el viejo abrigo negro, mi compañero de pasos, trepó a mi espalda. La lluvia se había cansado, pero estaba su huella. La calle era una pintura de reflejos en el asfalto y sobre ella estaba el habitual taxi que me esperaba para llevarme hasta el lugar de mi confinamiento.

00:00 horas. Procedí al ritual acostumbrado. Me puse la túnica blanca, recibí las habituales recomendaciones y luego se despidieron de mí. Sentí caer la pared metálica y luego la reja sobre ésta, dejándome atrapado. Un pequeño cuadrado de treinta y tres centímetros coincidentes en ambas vallas me permitía visualizar el mundo exterior. Alcancé el interruptor y lo accioné. El letrero de neón celeste señalando “Farmacia de Turno” se encendió, como una estrella más de la noche. Apenas alcancé a encender la radio para escuchar el interminable

pasar de tangos que siempre me acompañaban para contarme cada uno su trágica historia, cuando escuché sonar esa familiar campanita y me acerqué al boquete. Una mujer anciana, envuelta en miles de ropajes, me alargaba una receta. A su lado, el que debía ser su compañero, no dejaba de toser.

- Deme esto señor... oiga, ¿cómo es posible que sea la única farmacia abierta en todo el sector?, ¿sabe cuántas cuadras venimos caminando?, ¡ Cof cof cof !

El hombre intentaba respaldar el reclamo, pero su aparato respiratorio se lo impedía y sólo lograba asentir con la cabeza. No tenía objeto intentar explicar el irregular sistema que nos regía, así es que no hice comentario y coloqué el jarabe para la tos en una bolsa. El hecho que debiera pagarme primero (ya había aprendido la lección), también ofuscó a la anciana y se fueron lógicamente sin dar las gracias ni haber respondido a mi "buenas noches, que se mejore".

La reja sonó un poco más tarde y, asomándome al orificio, no vi a nadie al comienzo. Al bajar la mirada, descubrí a un pequeño niño andrajoso que estiraba una moneda: - "Hola, amigo ¿me da un chicle de menta?" - "¡¿Qué?!, ¡¿Cómo se te ocurre venir a estas horas de la noche por un chicle?! - "¡Bah! ¿Acaso no estái de turno?"- "¡Ándate a tu casa, mocoso de mierda!, ¡esto es sólo para emergencias!". Recibí un repertorio de garabatos y un par de patadas en la reja antes de que se perdiera corriendo.

02:00 horas. Las bajas temperaturas estaban causando estragos y muy pronto una serie de siluetas esperaban más allá del orificio para que yo les suministrara el alivio. Debiendo ser cauteloso en extremo al descifrar esas recetas y su mala caligrafía para descubrir entre tanto nombre parecido el medicamento exacto, busqué luego entre los estantes, para así acortar la fría espera de los dolientes.

Más tarde los pacientes comenzaron a menguar y aparecían sólo de rato en rato. Me comía un molido postre de peras para guaguas cuando sentí que alguien golpeaba tímidamente la reja. ¿Para qué habremos puesto ese timbre si nadie lo usa? - pensé. Me sorprendí al ver a esa mujer tan desprovista de abrigo y con un semblante tan pálido. Su rostro estaba desencajado y parecía una mujer mayor, aunque su voz tenía un timbre de juventud. “Señor, por favor... ¿podría decirme cuánto cuesta este remedio?- preguntó, mientras me alargaba un papel. Busqué en los anaqueles y, después de tomar la caja, deslicé su código de barras frente al sensor. Estaba seguro que sería una mala noticia. “Señora, son cinco mil doscientos pesos...”. Me miró incrédula, luego me dijo: “Es que sabe... mi niño está muy mal... ¿tiene algo más barato que sea parecido... que sirva para lo mismo?” - “¿Cuánto dinero tiene señora?” - “Traigo dos mil pesos...” - “Está bien, déme su dinero. Aquí tiene el remedio”. Me alargó sus arrugados billetes y me dedicó una especie de sonrisa. Hubiera querido regalárselo, pero los pobres también tienen derecho a la dignidad. Me pasaba a menudo. Creo que no sirvo para este trabajo. Los niños son mi talón de Aquiles. Pensé en Pablito. Busqué el cuaderno de créditos para el personal y anoté los tres mil doscientos pesos que había regalado. Subí el volumen. Gardel cantaba mejor que nunca.

04:00 horas. A esta hora de la madrugada, todos se habían ido. La calle estaba absolutamente desierta, parecía como si todos los habitantes de la ciudad se hubieran marchado a un lugar más cálido. Solo yo y el estúpido semáforo de la esquina seguíamos en nuestro lugar de trabajo: amarillo... rojo... verde, amarillo... rojo.... verde... “¡Hey, flaco!, ¿para qué haces eso si no hay autos?”.

Sólo me respondía con sus luces y su mensaje era claro. Me decía que debía circular por esta vida sabiendo cuándo detenerme, en qué momento precaverme del peligro y cuándo debía seguir adelante con mis pasos. Éramos tan parecidos. Un par de centinelas tratando de evitar el dolor de nuestros semejantes.

“Antes era yo el que torturaba tu existencia, con mis celos y no te dejaba en paz, tú escuchabas mis protestas, sin poderlas remediar...”, “ding dong”, no supe más de esa historia tanguera, quedó tapada por los fuertes golpes contra la reja. Aparece el rostro deshecho de un hombre. “Por favor, ayúdeme. Tengo en el auto a mi señora bañada en fiebre... ¿Qué puedo darle?,... está muy mal... puede morir...”. Trato de calmarlo sin conseguirlo. Le sugiero que la lleve al hospital más cercano. Insiste. Me niego a medicarlo. El protocolo me dice que debe llevarla a urgencias. Le pega una patada a la reja, sube al auto y parte raudo. Quedo unos minutos mirando a la nada, luego le hablo al semáforo: “¿Sabes?, la gente no entiende,... me ve con esta barba y con mi bata blanca y me confunde con Dios. No puedo hacer milagros como Él. Me duele ver el dolor tan de cerca, pero qué más quisiera yo de poseer entre todas estas pastillas y jarabes una poción mágica que aliviase cualquier dolor... la habría usado también en mi vida, ¿sabes?, no siempre he sido tan feliz como ahora que Pablito viene en camino... Oh Dios, ¡que estúpido!, hablando solo.... mejor me prepararé un café...

El programador de la radio debió haber escuchado el pronóstico del tiempo, porque no podía ser tan casual. La lluvia comenzó a caer intensa mientras Julio Sosa se dejaba escuchar. “Qué ganas de llorar en esta tarde gris... en su repiquetear la lluvia habla de ti”... Mi canto a viva voz fue interrumpido por alguien que llamaba. Miré la hora. Corrí para atender la emergencia. El hombre

estaba algo alegre y, al hablarme, le percibí el aroma a licor que dejaba escapar en el vapor que emanaba de su boca. Logré descifrar lo que quería y, después de mostrarle una serie de productos, se marchó con dos cajas de condones en un alarde de su masculinidad. “No todo ha de ser dolor”, pensé, “el placer también está ligado a mi oficio, ¿cuántas pastillas azules habré ya vendido?”, pensé. Me reí de la situación y luego admiré al flaco de la esquina que, imperturbable a la lluvia, seguía con su cometido...

05:00 horas. Había llegado el momento más duro. Cuando empieza a recortarse la cordillera contra el cielo mi cuerpo se despedaza por no tener el reposo natural. La gravedad quiere vencerme. Me duelen los huesos y mis pensamientos no son claros. Mis ojos quieren la oscuridad y la cabeza casi no puedo sostenerla. A esta hora soy absolutamente incompatible con la responsabilidad que detento. Sé exactamente cuál es la caja en la que podría encontrar el alivio para mi situación. Me llenaría de fuerzas ficticias, pero siento que me estaría engañando y tengo miedo a la dependencia. “Una pastilla de menta, no es lo mismo”, pensé, “pero, en fin”. Me la arrojé a la boca. Caminé hasta la minúscula ventana y, después de observar a mi amigo semáforo, aspiré profundamente el aire frío de la mañana. El caramelo aumentaba esa sensación de respiro que te hace sentir vivo. Luego de un instante, comprendí que me había equivocado en lo que había echado a mi estómago. Sentí que el suelo se movía y que me costaba sostenerme en pie. Sentía que todo danzaba frenéticamente a mí alrededor. Caí al suelo y desde allí vi las miles de cajas saltar de sus apoyos, los jarabes estrellarse en el suelo y un ruido sordo y profundo reemplazó al cantante de tangos. En unos instantes, todo era un desastre.

No supe cuánto tiempo pasó hasta que la reja y la valla metálica fueron izadas y mi jefe apareció en el umbral. “Pablo, ¿estás bien?... “¡Uff, menos mal!... “Parece que fue terremoto en toda la zona central”. “Hay un taxi esperándote, ándate tranquilo al hospital, me avisaron que tu señora fue a tener su guagua”.

08:00 horas. Caminé por el solitario y frío pasillo del centro asistencial hasta la dormida máquina. Ésta aceptó mi dinero, pero se negó a entregar mi compra. Conocía la solución: di un par de fuertes golpes al costado y el vaso de café con leche pronto estuvo en mis manos. Fue lo único que alcancé a echar a mi nerviosa humanidad antes de vestirme completamente de verde para recibir a Pablito.

Paulina nació sana y hermosa. Esta noche no faltaré al turno. Tengo algo muy hermoso que contarle a mi amigo de las tres luces.

FIN